

Capítulo 1

Surrey, Inglaterra
Agosto de 1815

Cuatro más seis, más ocho, más siete, más uno, más uno, más uno, menos ocho y me llevo dos...

Elizabeth Hotchkiss sumó la columna de números por cuarta vez, obtuvo el mismo resultado que las tres veces anteriores y soltó un gruñido.

Cuando levantó la vista, tres caras muy serias la miraban fijamente: las caras de sus tres hermanos pequeños.

—¿Qué pasa, Lizzie? —preguntó Jane, la de nueve años.

Elizabeth sonrió débilmente mientras intentaba descubrir un modo de reservar dinero suficiente para comprar combustible con el que calentar su casita ese invierno.

—Eh... no tenemos muchos fondos, me temo.

Susan, que tenía catorce años y era la más cercana en edad a Elizabeth, frunció el ceño.

—¿Estás totalmente segura? Debemos de tener algo. Cuando vivía papá, siempre...

Elizabeth la hizo callar lanzándole una mirada apremiante. Cuando su padre vivía, tenían muchas cosas, pero el señor Hotchkiss no les había dejado nada, aparte de una pequeña cuenta corrien-

te. Ni rentas, ni propiedades. Nada, excepto recuerdos. Y no de los que calentaban el corazón (al menos, los que Elizabeth llevaba consigo).

—Ahora es distinto —dijo con firmeza, confiando en zanjar la cuestión—. No se puede comparar.

Jane sonrió.

—Podemos usar el dinero que Lucas ha estado metiendo en la hucha del soldadito.

Lucas, el único chico del clan Hotchkiss, soltó un chillido.

—¿Qué hacías tú con mis cosas? —Se volvió hacia Elizabeth con una expresión que podría haberse descrito como «fulminante» de no adornar la cara de un niño de ocho años—. ¿Es que en esta casa no hay intimidad?

—Parece que no —contestó Elizabeth distraídamente, mirando los números que tenía delante. Hizo unas cuantas marcas con el lápiz mientras intentaba dar con nuevas formas de economizar.

—Hermanas —refunfuñó Lucas, muy enfadado—. Son una plaga.

Susan se asomó al libro de cuentas de Elizabeth.

—¿No podemos mover un poco el dinero? ¿Hacer algo para que dé un poco más de sí?

—No hay nada que mover. Por suerte la renta de la casa está pagada. Si no, estaríamos hasta las orejas.

—¿Tan mal? —susurró Susan.

Elizabeth asintió con un gesto.

—Tenemos lo justo para llegar a fin de mes, y un poco más cuando lady Danbury me pague, pero luego... —Su voz se apagó, y apartó la mirada. No quería que Jane y Lucas vieran que tenía lágrimas en los ojos. Llevaba cinco años cuidando de ellos, desde que tenía dieciocho. De ella dependía darles alimento y abrigo y, lo que era más importante, darles estabilidad.

Jane dio un codazo a Lucas y luego, al ver que él no respon-

día, le clavó un dedo en la parte blanda entre el hombro y la clavícula.

—¿Qué? —le espetó él—. Me haces daño.

—«¿Qué?» es de mala educación —dijo Elizabeth automáticamente—. Es preferible decir «perdón».

Lucas abrió la boquita, indignado.

—La maleducada es ella por clavarme así el dedo. Y no pienso pedirle perdón, eso desde luego.

Jane levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Debes recordar que sólo tiene ocho años.

Lucas se sonrió con suficiencia.

—Y tú sólo tienes nueve.

—Siempre seré más mayor que tú.

—Sí, pero pronto yo seré más grande, y entonces lo lamentarás.

Elizabeth curvó los labios en una sonrisa agrí dulce mientras los veía pelearse. Había oído la misma discusión un millón de veces, pero también había visto a Jane entrando de puntillas en la habitación de Lucas, ya oscurecido, para darle un beso de buenas noches en la frente.

La suya podía no ser una familia típica (a fin de cuentas, estaban sólo ellos cuatro, y hacía años que eran huérfanos), pero el clan Hotchkiss era especial. Elizabeth había conseguido mantener unida a la familia durante cinco años tras la muerte de su padre, y no iba a permitir que la escasez de fondos los separara ahora.

Jane cruzó los brazos.

—Deberías darle tu dinero a Lizzie, Lucas. No está bien guardárselo así.

Él asintió solemnemente con la cabeza y salió de la habitación con la rubia cabeza agachada. Elizabeth miró a Susan y Jane. Ellas también eran rubias y tenían los ojos azules y brillantes de su madre. Y ella era igual. Formaban un pequeño batallón rubio sin dinero para comer.

Suspiró de nuevo y miró muy seria a sus hermanas.

—Voy a tener que casarme. No hay más remedio.

—¡Oh, no, Lizzie! —chilló Jane, levantándose de un salto de la silla y prácticamente saltando por encima de la mesa para subirse al regazo de su hermana—. ¡Eso no! ¡Cualquier cosa menos eso!

Elizabeth miró a Susan con perplejidad, preguntándole en silencio si sabía por qué se disgustaba tanto Jane. Pero Susan sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No es para tanto —dijo Elizabeth mientras acariciaba el pelo de su hermana pequeña—. Si me caso, seguramente tendré un bebé y entonces serás tía. ¿No te gustaría?

—Pero el único que te lo ha pedido es el señor Nevins, y es horrible. ¡Horrible!

Elizabeth sonrió con poca convicción.

—Estoy segura de que podemos encontrar a otro candidato, aparte del señor Nevins. A alguien menos... eh... horrible.

—Yo no pienso vivir con él —dijo Jane cruzando los brazos con aire rebelde—. Me niego. Prefiero ir a un orfanato. O a una de esas horribles fábricas.

Elizabeth no podía reprochárselo. El señor Nevins era viejo, gordo y mezquino. Y siempre la miraba de un modo que le daba sudores fríos. A decir verdad, tampoco le gustaba mucho cómo miraba a Susan. Ni a Jane.

No, no podía casarse con el señor Nevins.

Lucas volvió de la cocina llevando una cajita metálica. Se la ofreció a Elizabeth.

—He ahorrado una libra con cuarenta —dijo—. Iba a usarla para... —Tragó saliva—. Da igual. Quiero que te lo quedes tú. Para la familia.

Elizabeth tomó la caja sin decir nada y miró dentro. La libra con cuarenta de Lucas estaba allí, casi toda ella en peniques y medios peniques.

—Lucas, cariño —dijo con suavidad—. Son tus ahorros. Has tardado años en reunir todas estas monedas.

A Lucas le tembló el labio, pero logró hinchar su pequeño pecho como uno de sus soldaditos de plomo.

—Ahora soy el hombre de la casa. Tengo que manteneros.

Elizabeth asintió solemnemente con la cabeza y metió el dinero de Lucas en la caja donde guardaba el dinero de la casa.

—Muy bien. Lo usaremos para comprar comida. Quizá puedas venir a comprar conmigo la semana que viene y escoger algo que te guste.

—Mi huerto empezará pronto a dar verduras —dijo Susan con ánimo de ayudar—. Habrá suficientes para que comamos, y puede que sobren algunas que podamos vender o cambiar por otra cosa en el pueblo.

Jane empezó a retorcerse en el regazo de Elizabeth.

—Por favor, dime que no plantaste más nabos. Odio los nabos.

—Todos odiamos los nabos —contestó Susan—. Pero son fáciles de cultivar.

—Y no tan fáciles de comer —gruñó Lucas.

Elizabeth exhaló un suspiro y cerró los ojos. ¿Cómo habían llegado a aquella situación? La suya era una familia antigua y honorable: ¡el pequeño Lucas era baronet, incluso! Y sin embargo se veían reducidos a plantar nabos (que todos ellos detestaban) en un huercecillo.

Estaba fracasando. Había creído que podría criar a sus hermanos. Cuando murió su padre pasó la peor época de su vida, y lo único que la hacía seguir adelante era el deber de proteger a sus hermanos pequeños, de mantenerlos abrigados y felices. Y juntos.

Ahuyentó a las tías, tíos y primos que se ofrecieron a llevarse a uno de los niños, lógicamente al pequeño Lucas, que, con su título, tendría con el tiempo esperanzas de casarse con una chica provista

de una buena dote. Pero Elizabeth se negó incluso cuando sus amigos y vecinos la instaron a dejarle marchar.

Quería mantener a la familia unida, les dijo. ¿Era mucho pedir?

Pero estaba fracasando. No había dinero para lecciones de música o tutores, ni para ninguna de esas cosas que Elizabeth daba por descontadas cuando era pequeña. Sólo Dios sabía cómo se las iba a arreglar para mandar a Lucas a Eton. Porque tenía que ir. Todos los Hotchkiss varones iban a Eton desde hacía cuatrocientos años. No todos habían conseguido graduarse, pero habían ido.

Iba a tener que casarse. Y su marido tendría que tener un montón de dinero. Era así de sencillo.

—Abraham engendró a Isaac, e Isaac engendró a Jacob, y Jacob engendró a Judas...

Elizabeth carraspeó ligeramente y levantó la vista con expresión esperanzada. ¿Se habría dormido ya lady Danbury? Se inclinó hacia delante y observó el rostro de la vieja dama. Costaba saberlo.

—...y Judas engendró a Fares y a Zara de Tamar, y Fares engendró a Esrom...

La anciana llevaba un rato con los ojos cerrados, pero aun así había que andarse con precaución.

—... y Esrom engendró a Aram, y...

¿Era eso un ronquido? Elizabeth bajó la voz hasta dejarla en un susurro.

—...y Aram engendró a Aminadab, y Aminadab engendró a Naason, y...

Elizabeth cerró la Biblia y empezó a salir de puntillas del salón, marcha atrás. Normalmente no le importaba leer en voz alta para lady Danbury; era, en realidad, una de las tareas menos penosas de cuantas desempeñaba como dama de compañía de la condesa viuda. Pero ese día tenía que volver a casa. Se sentía fatal por

haberse marchado estando Jane tan disgustada aún ante la perspectiva de que el señor Nevins entrara a formar parte de su pequeña familia. De hecho, le había asegurado que no se casaría con él ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, pero Jane no estaba muy convencida de que fuera a pedírselo alguien más y...

¡Bum!

Elizabeth se llevó un susto de muerte. Nadie sabía hacer más ruido golpeando en el suelo con un bastón que lady Danbury.

—¡No estoy dormida! —tronó la voz de lady D.

Elizabeth dio media vuelta y sonrió débilmente.

—Lo siento mucho.

Lady Danbury se rió.

—No lo sientes lo más mínimo. Vuelve aquí.

Elizabeth sofocó un gruñido y volvió a su silla de respaldo recto. Le agradaba lady Danbury. De veras. De hecho, estaba deseando que llegara el día en que, escudándose en su edad, pudiera decir cuanto se le antojara, igual que lady D.

Pero tenía que volver a casa y...

—Eres una tramposa —dijo lady Danbury.

—¿Cómo dice?

—Todos esos «engendró». Lo has hecho a propósito para que me durmiera.

Elizabeth sintió que un sonrojo culpable calentaba sus mejillas e intentó imprimir un tono interrogativo a su voz.

—No sé a qué se refiere.

—Te has adelantado. Deberíamos estar todavía en Moisés y el diluvio, y no en la genealogía.

—Creo que el del diluvio no era Moisés, lady Danbury.

—Tonterías. Claro que sí.

Elizabeth pensó que Noé entendería su deseo de eludir una larga discusión bíblica con lady Danbury y cerró la boca.

—En cualquier caso, da igual a quién pillara el diluvio. La cuestión es que te has adelantado para hacerme dormir.

—Yo... eh..

—Vamos, reconócelo, niña. —Los labios de lady Danbury se distendieron en una sonrisa sagaz—. La verdad es que te admiro por ello. Yo a tu edad habría hecho lo mismo.

Elizabeth levantó los ojos al cielo. Si aquello no era un caso de «malo si lo hago y malo si no», no sabía qué era. Así que se limitó a suspirar, tomó la Biblia y dijo:

—¿Qué pasaje quiere que le lea?

—Ninguno. Es un tostón. ¿No tenemos nada más emocionante en la biblioteca?

—Seguro que sí. Podría mirar, si quiere.

—Sí, hazlo. Pero antes de irte, ¿podrías alcanzarme ese libro de cuentas? Sí, ése de encima de la mesa.

Elizabeth se levantó, se acercó a la mesa y tomó el libro encuadernado en piel.

—Aquí tiene —dijo, dándoselo a lady Danbury.

La condesa lo abrió con precisión castrense antes de volver a mirar a Elizabeth.

—Gracias, mi niña. Hoy llega el nuevo administrador y quiero memorizar todos estos números para asegurarme de que no me roba hasta la camisa en menos de un mes.

—Lady Danbury —dijo Elizabeth con la mayor sinceridad—, ni el mismo diablo se atrevería a robarle.

Lady D dio un golpe con su bastón a modo de aplauso y se echó a reír.

—Bien dicho, mi niña. Es agradable ver a alguien joven con cerebro en la mollera. Mis hijos... En fin, no voy a entrar en eso ahora, pero te diré que a mi hijo se le quedó una vez atascada la cabeza entre los barrotes de la verja del castillo de Windsor.

Elizabeth se tapó la boca con la mano, intentando contener la risa.

—Adelante, ríete —suspiró lady Danbury—. He descubierto que el único modo de no sentirme fracasada como madre es considerarle una fuente de diversión.

—Bueno —dijo Elizabeth con cautela—, eso parece bastante sensato...

—Serías una diplomática estupenda, Lizzie Hotchkiss —gorjeó lady Danbury—. ¿Dónde está mi bebé?

Elizabeth ni siquiera batió una pestaña. Los bruscos cambios de tema de lady D eran legendarios.

—Su gato —dijo con énfasis— lleva una hora durmiendo en la otomana —añadió señalando hacia el otro lado de la habitación.

Malcolm levantó su cabeza peluda, intentó enfocar sus ojos azules ligeramente estrábicos, decidió que no valía la pena y volvió a echarse.

—*Malcolm* —ronroneó lady Danbury—, ven con mamá.

Malcolm la ignoró.

—Tengo una golosina para ti.

El gato bostezó, reconoció a lady D como su principal fuente de comida y bajó al suelo de un salto.

—Lady Danbury —la reprendió Elizabeth—, ya sabe usted que ese gato está demasiado gordo.

—Tonterías.

Elizabeth sacudió la cabeza. *Malcolm* pesaba al menos seis kilos, aunque buena parte fuera pelo. Elizabeth pasaba largo rato quitando pelos de la ropa cuando volvía a casa por las tardes.

Lo cual era digno de mención, puesto que el muy engreído no había dejado que le cogiera en brazos en cinco años.

—Minino lindo —dijo lady D, tendiéndole los brazos.

—Gato estúpido —masculló Elizabeth cuando el felino de color marfil se detuvo, la miró fijamente y siguió luego su camino.

—Eres una preciosidad. —Lady D frotó su tripa peluda—. Una preciosidad.

El gato se estiró sobre el regazo de la anciana, tendido de espaldas, con las patas colgando por encima de la cabeza.

—Eso no es un gato —dijo Elizabeth—. Es una alfombra de tres al cuarto.

Lady D levantó una ceja.

—Sé que no lo dices en serio, Lizzie Hotchkiss.

—Sí que lo digo en serio.

—Tonterías. Tú quieres a *Malcolm*.

—Tanto como a Atila el huno.

—Pues *Malcolm* te quiere a ti.

El gato levantó la cabeza y Elizabeth habría jurado que le sacaba la lengua.

Se levantó, soltando un chillido indignado.

—Ese gato es un peligro. Me voy a la biblioteca.

—Buena idea. Ve a buscar otro libro.

Elizabeth se dirigió a la puerta.

—¡Y nada de «engendros»!

Se rió a su pesar y cruzó el pasillo camino de la biblioteca. El repiqueteo de sus pasos dejó de sonar cuando pisó la alfombra, y suspiró. Santo cielo, cuántos libros había allí. ¿Por dónde empezara?

Escogió unas cuantas novelas y una colección de comedias de Shakespeare. Un librito de poesía romántica engrosó el montón y entonces, justo cuando se disponía a cruzar el pasillo para volver al salón de lady D, otro libro llamó su atención.

Era muy pequeño y Elizabeth nunca había visto un cuero más rojo que el de sus tapas. Pero lo más extraño era que estaba puesto de lado en un estante de la biblioteca, lo que daba un nuevo significado a la palabra «orden». El polvo no se atrevía a posarse en aquellos estantes, ni los libros a ponerse de lado, faltaría más.

Elizabeth dejó su montón y sacó el librito rojo. Estaba del revés, así que tuvo que darle la vuelta para leer el título.

Cómo casarse con un marqués.

Soltó el libro, esperando a medias que la fulminara un rayo allí mismo, en la biblioteca. Tenía que ser una broma. Había decidido esa misma tarde que tenía que casarse, y muy bien.

—¿Susan? —gritó—. ¿Lucas? ¿Jane?

Meneó la cabeza. Estaba haciendo el ridículo. Sus hermanos, por traviosos que fueran, no entrarían a escondidas en casa de lady Danbury para dejar allí un libro falso y...

Bueno, a decir verdad, se dijo mientras daba la vuelta al fino volumen rojo, el libro no parecía falso, pensándolo bien. La encuadernación parecía recia, y el cuero de la tapa de alta calidad. Miró alrededor para asegurarse de que nadie la veía (aunque no sabía muy bien por qué estaba tan azorada) y lo abrió cuidadosamente por la primera página.

La autora era una tal señora Seeton, y el libro había sido publicado en 1792, el año de su nacimiento. Una curiosa coincidencia, se dijo Elizabeth, a pesar de que no era supersticiosa. Y desde luego no necesitaba que un librito le dijera cómo vivir su vida.

Además, pensándolo bien, ¿qué sabía esa tal señora Seeton? Porque, si se hubiera casado con un marqués, ¿no se llamaría lady Seeton?

Elizabeth cerró el libro con decisión y lo devolvió a su sitio en el estante, asegurándose de ponerlo de lado, como lo había encontrado. No quería que nadie pensara que había estado ojeando aquella bobada.

Recogió su montón de libros y volvió al salón, donde lady Danbury seguía sentada en su sillón, acariciando a su gato y mirando por la ventana como si esperara a alguien.

—He encontrado unos libros —dijo Elizabeth con voz enérgica—. No creo que haya muchos «engendros» en ellos, aunque puede que en el de Shakespeare...

—No serán las tragedias, espero.

—No, he pensado que, estando del humor que está, las comedias le parecerían más entretenidas.

—Buena chica —dijo lady Danbury con satisfacción—. ¿Algo más?

Elizabeth parpadeó y miró los libros que tenía en los brazos.

—Un par de novelas y un poco de poesía.

—La poesía quémala.

—¿Cómo dice?

—Bueno, no la quemes. Los libros valen más que la leña, claro está. Pero no quiero oírla. Ese libro debió de comprarlo mi difunto marido. Era un soñador.

—Entiendo —dijo Elizabeth, principalmente porque tenía la impresión de que se esperaba que dijera algo.

Con un movimiento repentino, lady Danbury se aclaró la garganta y agitó una mano en el aire.

—¿Por qué no te vas hoy pronto a casa?

Elizabeth se quedó boquiabierta. Lady Danbury nunca la despedía temprano.

—Tengo que hablar con ese condenado administrador, y para eso no te necesito. Además, si estás aquí y le gustan las muchachas bonitas, no me hará ni caso.

—Lady Danbury, no creo que yo...

—Tonterías. Eres muy atractiva. A los hombres les encanta el cabello rubio. Si lo sabré yo. Lo tenía tan rubio como tú.

Elizabeth sonrió.

—Todavía lo tiene rubio.

—Lo tengo blanco —dijo lady Danbury, riendo—. Eres un sol. No deberías estar aquí, conmigo, deberías estar por ahí, buscando marido.

—Yo... eh... —¿Qué decir a aquello?

—Es muy noble por tu parte consagrarte a tus hermanos pequeños, pero también tienes que vivir.

Elizabeth se quedó mirando a su jefa, horrorizada por las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos. Hacía cinco años

que trabajaba para lady Danbury, y nunca habían hablado de esas cosas.

—Yo... me marchó, si dice que puedo irme temprano.

Lady Danbury asintió con la cabeza. Parecía extrañamente desilusionada. ¿Confiaba en que Elizabeth siguiera hablando un poco más de aquel tema?

—Pero pon ese libro de poesía en su sitio antes de irte —le ordenó—. Yo no voy a leerlo, y no puedo fiarme de que los criados mantengan mis libros en orden.

—Enseguida. —Elizabeth dejó el resto de los libros sobre un extremo de la mesa, recogió sus cosas y se despidió. Cuando salía de la habitación, *Malcolm* se bajó de un salto del regazo de lady Danbury y la siguió.

—¿Lo ves? —dijo lady D—. Ya te he dicho que te quería.

Elizabeth miró al gato con aire de sospecha al salir al pasillo.

—¿Qué es lo que quieres, *Malcolm*?

Él estiró la cola, enseñó los dientes y bufó.

—¡Uy! —exclamó Elizabeth, soltando el libro de poesía—. Serás bruto. Seguirme hasta aquí sólo para bufar...

—¿Le has tirado un libro a mi gato? —gritó lady D.

Elizabeth decidió ignorar la pregunta y recogió el libro, señalando con el dedo a *Malcolm*.

—Vuelve con lady Danbury, horrible criatura.

Malcolm estiró la cola en el aire y se alejó tranquilamente.

Elizabeth exhaló un largo suspiro y entró en la biblioteca. Se dirigió a la sección de poesía, manteniéndose escrupulosamente de espaldas a aquel librito rojo. No quería pensar en él, no quería mirarlo...

Pero aquella cosa prácticamente despedía calor. Elizabeth no había sido tan consciente de un objeto inanimado en toda su vida.

Volvió a depositar el volumen de poesía en la estantería y se encaminó a la puerta con paso enérgico. Empezaba a enfadarse

consigo misma. Aquel estúpido librito rojo no debería afectarla de ningún modo. Huyendo de él como si fuera la peste sólo le estaba concediendo un poder que no merecía, y...

—¡Oh, por el amor de Dios! —estalló por fin.

—¿Has dicho algo? —gritó lady Danbury desde el cuarto de al lado.

—¡No! Es que... eh, me he tropezado con el borde de la alfombra. Nada más. —Masculló otro «santo cielo» en voz baja y se acercó de puntillas al libro. Para su sorpresa, estaba boca abajo. Su mano salió disparada y le dio la vuelta.

Cómo casarse con un marqués.

Ahí estaba, lo mismo que antes. Mirándola, mofándose de ella, colocado allí como insinuando que no tenía agallas para leerlo.

—Es sólo un libro —masculló—. Sólo un estúpido librito de color rojo chillón.

Y sin embargo...

Elizabeth necesitaba dinero urgentemente. Había que mandar a Lucas a Eton, y Jane se pasó una semana llorando cuando se acabaron sus últimas acuarelas. Y los dos crecían más deprisa que las malas hierbas un día de verano. Jane podía apañárselas con las enaguas viejas de Susan, pero Lucas necesitaba ropa a la altura de su posición.

El único modo de hacerse rica era casarse, y aquel descarado librito rojo aseguraba tener todas las respuestas. Elizabeth no era tan tonta como para creer que podía interesar a un marqués, pero quizás algún consejo pudiera ayudarla a atrapar a un apuesto caballero rural... con una renta desahogada. Hasta estaba dispuesta a casarse con un burgués. Su padre se revolvería en su tumba si supiera que iba a emparentar con un mercader, pero una tenía que ser práctica, y estaba segura de que había muchos comerciantes ricos a los que les gustaría casarse con la hija empobrecida de un baronet.

Además, la culpa de que estuviera en aquel aprieto era de su padre. Si no hubiera...

Elizabeth sacudió la cabeza. No era momento de pensar en el pasado. Tenía que concentrarse en el dilema que la ocupaba.

Lo cierto era que no sabía mucho de hombres. Ignoraba qué se suponía que tenía que decirles, o cómo debía comportarse para que se enamoraran de ella.

Miró el libro. Fijamente.

Miró a su alrededor. ¿Venía alguien?

Respiró hondo y, rauda como una centella, se guardó el libro en el bolso.

Luego salió corriendo de la casa.

A James Sidwell, marqués de Riverdale, le gustaba pasar desapercibido. Nada le agradaba más que mezclarse con la multitud, en el anonimato, y obtener datos y descubrir intrigas. Posiblemente por eso había disfrutado tanto durante sus años de trabajo en el Ministerio de Guerra.

Y se le daba de perlas. La misma cara y el mismo cuerpo que llamaban la atención en los salones de baile de Londres, desaparecían entre el gentío con asombrosa eficacia. James se limitaba a despojar a su mirada de aquel brillo de aplomo y a encorvar los hombros, y nadie sospechaba nunca que era de noble linaje.

Naturalmente, su cabello castaño y sus ojos marrones ayudaban un poco. Convenía tener un color de pelo corriente. Dudaba de que hubiera muchos agentes pelirrojos que tuvieran éxito.

Pero, hacía un año, un espía napoleónico reveló su identidad a los franceses, arruinando así su tapadera. Y ahora el Ministerio de Guerra se negaba a asignarle misiones emocionantes, como no fuera alguna que otra redada para atrapar a contrabandistas de mala muerte.

James había aceptado su aburrido destino con un hondo suspiro y cierto aire de resignación. De todos modos, seguramente era hora de dedicarse a sus fincas y su título. Tenía que casarse en algún momento, por desagradable que le pareciera la idea, y dar un heredero al marquesado. Por eso había fijado su atención en la escena social de Londres, donde un marqués (sobre todo uno joven y guapo) nunca pasaba desapercibido.

James se había sentido sucesivamente asqueado, aburrido y divertido. Asqueado porque las señoritas jóvenes (y sus mamás) le miraban como a un gran pez al que había que clavar el anzuelo y arrastrar con el sedal. Aburrido porque, después de años de intrigas políticas, el color de unas cintas o el corte de un chaleco no le fascinaban como temas de conversación. Y divertido porque, para ser sincero, si no se hubiera aferrado a su sentido del mundo para superar aquel calvario, se habría vuelto loco.

Cuando la nota de su tía llegó por correo especial, estuvo a punto de dar un grito de alegría. Ahora, mientras se acercaba a la casa de lady Danbury en Surrey, la sacó de su bolsillo y volvió a leerla.

Riverdale:

Necesito tu ayuda urgentemente. Por favor, preséntate en Danbury House lo antes posible. No viajes con tus mejores ropas. Le diré a todo el mundo que eres mi nuevo administrador. Ahora te llamas James Siddons.

Lady Agatha Danbury

James ignoraba de qué se trataba, pero sabía que era justo lo que necesitaba para aliviar su hastío y abandonar Londres sin sentirse culpable por eludir sus obligaciones. Viajó en coche de punto porque un administrador no solía tener caballos propios tan buenos como los suyos, y recorrió a pie la última milla, desde el centro del

pueblo a Danbury House. Llevaba todo lo que necesitaba en una sola bolsa.

A ojos del mundo, era el señor James Siddons, un caballero, sin duda, aunque tal vez algo escaso de fondos. Su ropa procedía del fondo de su armario: estaba bien hecha, pero raída por los hombros y pasada de moda desde hacía dos años. Un par de tijeretazos habían bastado para deslucir el corte de pelo que le habían hecho una semana antes. El marqués de Riverdale había desaparecido a todos los efectos, y James no podía estar más contento.

El plan de su tía tenía, por supuesto, un gran defecto, pero era de esperar, habiéndolo ideado una aficionada. Hacía casi una década que James no visitaba Danbury House. Su trabajo en el Ministerio de Guerra no le dejaba mucho tiempo para visitar a su familia, y no había querido poner a su tía en peligro. Pero seguramente había alguien (algún criado anciano; el mayordomo, quizá) que le reconocería. A fin de cuentas, había pasado casi toda su infancia allí.

Claro que la gente veía lo que esperaba ver, y cuando James se comportaba como un administrador, la gente solía ver un administrador.

Estaba casi en Danbury House (prácticamente en los escalones de entrada, en realidad) cuando la puerta se abrió de golpe y apareció una mujer menuda y rubia que, con la cabeza agachada y los ojos fijos en el suelo, echó a correr como una potrilla en pleno galope. James ni siquiera tuvo oportunidad de abrir la boca antes de que tropezara con él.

Sus cuerpos chocaron con un golpe seco y la muchacha soltó un chillido de sorpresa muy femenino, rebotó contra él y aterrizó burdamente en el suelo. Un pasador, o una cinta, o comoquiera que las mujeres llamaran a esas cosas, salió despedido de su cabeza, y un grueso mechón de cabello dorado se le salió de la cofia y se posó desmañadamente sobre su hombro.

—Le ruego me disculpe —dijo James, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—No, no —contestó ella mientras se sacudía las faldas—. Ha sido culpa mía. No iba mirando por dónde iba.

No se molestó en tomar su mano, y James se descubrió curiosamente decepcionado. Ella no llevaba guantes, ni tampoco él, y sintió el extraño impulso de sentir el contacto de la mano de la muchacha.

Pero no podía decir tales cosas en voz alta, así que se inclinó para ayudarla a recoger sus cosas. Su bolso se había abierto al caer al suelo, y sus pertenencias se habían desperdigado a sus pies. James le dio los guantes, y ella se sonrojó.

—Hace tanto calor... —explicó, mirando los guantes con resignación.

—Por mí no se los ponga —repuso él con una sonrisa fácil—. Como verá, yo también he usado el buen tiempo como excusa para no ponerme los míos.

Ella se quedó mirando sus manos un momento antes de sacudir la cabeza y murmurar:

—Qué conversación tan rara.

Se arrodilló para recoger el resto de sus cosas, y James hizo lo mismo. Recogió un pañuelo y había estirado el brazo para coger un libro cuando de pronto ella profirió un extraño ruido (una especie de gemido estrangulado) y se lo quitó de debajo de los dedos.

James se descubrió ansioso por saber qué había en aquel libro.

Ella carraspeó unas seis veces y luego dijo:

—Es usted muy amable por ayudarme.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro —murmuró él mientras intentaba visiblemente echar una ojeada al libro. Pero ella había vuelto a guardarlo en su bolso.

Elizabeth le sonrió con nerviosismo y deslizó la mano dentro del bolso para asegurarse de que el libro estaba allí, bien escondido.

Si la sorprendían leyendo aquello, no podría soportar la vergüenza. Se daba por sentado que todas las mujeres solteras andaban buscando marido, pero sólo las más patéticas se dejarían sorprender leyendo un manual sobre el tema.

Él no dijo nada, se limitó a mirarla con una atención que la puso aún más nerviosa. Por fin balbució:

—¿Es usted el nuevo administrador?

—Sí.

—Entiendo. —Ella se aclaró la garganta—. Bueno, entonces supongo que debería presentarme, porque estoy segura de que nuestros caminos van a volver a cruzarse. Soy la señorita Hotchkiss, la dama de compañía de lady Danbury.

—Ah. Yo soy el señor Siddons, de Londres.

—Ha sido un placer conocerle, señor Siddons —dijo con una sonrisa que a James le pareció curiosamente atractiva—. Lamento terriblemente este accidente, pero tengo que irme.

Esperó a que él inclinara la cabeza y luego echó a correr por la avenida, agarrando su bolso como si su vida dependiera de él.

James la vio alejarse, extrañamente incapaz de apartar sus ojos de ella.